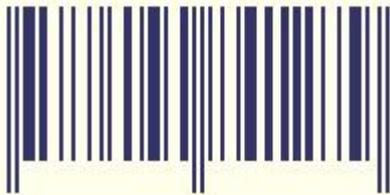
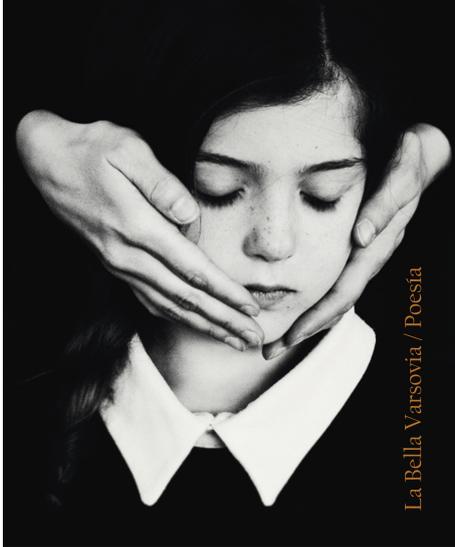


Cristina Sánchez-Andrade
Llenos los niños de árboles



Cristina, Sánchez-Andrade

Cristina Sánchez-Andrade (Santiago de Compostela, 1968) es escritora, crítica literaria, traductora y coordinadora de varios talleres de narrativa. Licenciada en Ciencias de la Información y en Derecho, es autora de las novelas *Las lagartijas huelen a hierba*, *Bueyes y rosas dormían*, *Ya no pisa la tierra tu rey* (Anagrama, Premio Sor Juana Inés de la Cruz 2004), *Alas, Coco*, *Los escarpines de Kristina de Noruega* (Finalista del Premio Espartaco de Novela Histórica 2011), *El libro de Julieta* y *Las Inviernas* (Anagrama), de la que la crítica ha dicho: «El libro más bonito que he leído jamás» (Javier Puebla, *Cambio 16*); «Bajo la espléndida ascendencia de Valle-Inclán, Cunqueiro o el primer Luis Mateo Díez, esta novela homenajea la oral narrativa popular... Inquietante amenidad, rigurosa escritura y legítima, lograda ambición» (Jesús Ferrer, *La Razón*); «La distribución de los materiales de la historia es inobjetable, y la mezcla de ternura y ferocidad se halla muy equilibrada. En la expresión

riverside
agency

Llenos los niños de árboles

Autor: Cristina, Sánchez-Andrade

102,

La bella Varsovia

ISBN: 978-84-948412-7-9 / Rústica c/solapas / 72pp | 120 x 210 cm

Precio: \$ 11.000,00

Por estos poemas atraviesa un miedo que se despierta con el tiempo: el de la mordedura atroz de la vejez. También los recorre la extrañeza que separa el amor a los hijos y la necesidad de un espacio propio; y ese otro miedo que nace de la incapacidad para expresar la ternura, o de la ausencia de algo indefinido que adopta forma de pájaro. Cristina Sánchez-Andrade ha escrito este libro hermoso y salvaje ¿también durísimo en su honestidad? en el que surge de la sombra un mundo que se entiende como la historia propia: el universo entero cabe en un montón de tierra o en una botella vacía de leche. *Llenos los niños de árboles* habla sobre el entorno que hiere, sobre la memoria que cura, y lo hace desde la conciencia de que «el mundo ya estaba en mi corazón,/ como la pequeña mancha de podredumbre en la cereza».

Por estos poemas atraviesa un miedo que se despierta con el tiempo: el de la mordedura atroz de la vejez. También los recorre la extrañeza que separa el amor a los hijos y la necesidad de un espacio propio; y ese otro miedo que nace de la incapacidad para expresar la ternura, o de la ausencia de algo indefinido que adopta forma de pájaro.